

CANTO CUARTO

INTERRUMPIO mi profundo sueño un trueno tan fuerte, que me estremecí como hombre a quien se despierta a la fuerza: me levanté, y dirigiendo una mirada en derredor mío, fijé la vista para reconocer el lugar donde me hallaba. Víme junto al borde del triste valle, abismo de dolor, en que resuenan infinitos ayes semejantes a truenos. El abismo era tan profundo, oscuro y nebuloso, que en vano fijaba mis ojos en su fondo, pues no distinguía cosa alguna.

-Ahora descendamos allá abajo, al tenebroso mundo-me dijo el poeta muy pálido-: yo iré el primero; tú el segundo.

Yo, que había advertido su palidez, le respondí:

-¿Cómo he de ir yo, si tú que sueles desvanecer mis incertidumbres te atemorizas?

Y él repuso:

-La angustia de los desgraciados que están ahí abajo, refleja en mi rostro una piedad que tú tomas por terror. Vamos, pues; que la longitud del camino exige que nos apresuremos.

Y sin decir más, penetró y me hizo entrar en el primer círculo que rodea el abismo. Allí, según pude advertir, no se oían quejas, sino sólo suspiros, que hacían temblar la eterna bóveda, y que procedían de la pena sin tormento de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños. El buen Maestro me dijo:

-¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron; y si contrajeron en su vida algunos méritos, no es bastante, pues no recibieron el agua del bautismo, que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo, no adoraron a Dios como debían; yo también soy uno de ellos. Por tal falta y no por otra culpa estamos condenados, consistiendo nuestra pena en vivir con el deseo sin esperanza.

Un gran dolor afligió mi corazón cuando oí esto, porque conocí -- personas de mucho valor que estaban suspensas en el Limbo.

-Dime, Maestro y señor mío--le pregunté para afirmarme más en esta Fe que triunfa de todo error;--¿alguna de esas almas ha podido,

bien por sus méritos o por los de otros, salir del Limbo y alcanzar la bienaventuranza?

Y él, que comprendió mis palabras encubiertas y oscuras, repuso:

-Yo era recién llegado a este sitio, cuando vi venir a un Ser poderoso coronado con la señal de la victoria.¹⁹ Hizo salir de aquí el alma del primer padre, y la de Abel su hijo, y la de Noé; del legislador Moisés, tan obediente; la del patriarca Abraham y la del rey David; a Israel, con su padre y con sus hijos, y a Raquel por quien aquél hizo tanto;²⁰ y a otros muchos a quienes otorgó la bienaventuranza; pues debes saber que, antes de ellos, no se salvaban las almas humanas.

Mientras así hablaba, no dejábamos de andar; pero seguíamos atravesando siempre la selva, esto es, la selva que formaban los espíritus apiñados. Aún no estábamos muy lejos de la entrada del abismo, cuando vi un resplandor que triunfaba del hemisferio de las tinieblas; nos encontrábamos todavía a bastante distancia, pero no a tanta que no pudiera yo distinguir que aquel sitio estaba ocupado por personas dignas.

-Oh tú, que honras toda ciencia y todo arte, ¿quiénes son éstos cuyo valimiento debe ser tanto, que así están separados de los demás?

Y él a mí:

-La hermosa fama que aún se conserva de ellos en el mundo que habitan, los hace acreedores a esta gracia del cielo que de tal suerte los distingue.

Entonces oí una voz²¹ que decía: "¡Honrad al sublime poeta; regresa su sombra que se había separado de nosotros!" Cuando calló la voz, vi venir a nuestro encuentro cuatro grandes sombras cuyo rostro no manifestaba tristeza ni alegría. El buen maestro empezó a decirme:

-Mira aquel que tiene una espada en la mano y viene a la cabeza de los tres como su señor. Ese es Homero, poeta soberano; el otro es el satírico Horacio, Ovidio es el tercero y el último Lucano.-- Cada cual merece, como yo, el nombre que antes pronunciaron unánimes; me honran y hacen bien.

De este modo vi reunida la hermosa escuela de aquel príncipe del sublime cántico, que vuela como el águila sobre todos los demás. Después de haber estado conversando entre sí un rato, se volvieron hacia mí dirigiéndome un amistoso saludo que hizo sonreír a mi Maestro; y me honraron aún más, puesto que me admitieron en su compañía, de suerte que fui el sexto entre aquellos grandes genios. Así seguimos hasta donde estaba la luz, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablar de ellas en el sitio en que nos encontrábamos. Llegamos al pie de un noble castillo, rodeado siete veces de altas murallas y defendido alrededor por un bello riachuelo. Pasamos sobre éste como sobre tierra firme; y atravesando siete puertas con aquellos sabios, llegamos a un prado de fresca verdura. Allí había personajes de mirada -- tranquila y grave, cuyo semblante revelaba una grande autoridad; hablaban poco y con voz suave. Nos retiramos luego hacia un extremo de la pradera; a un sitio despejado, alto y luminoso, desde donde podían verse todas aquellas almas. Allí, en pie sobre el verde esmalte, me fueron señalados los grandes espíritus, cuya contemplación me hizo estremecer de alegría. Allí vi a Electra con muchos de sus compañeros, entre los que conocí a Héctor y a Eneas; después a César, armado con sus ojos de ave de rapina. Vi en otra parte a Camila y a Pentesilea y vi al rey Latino, que estaba sentado al lado de su hija Lavinia; vi a aquel -- Bruto, que arrojó a Tarquino de Roma; a Lucrecia también, a Julia, a Marcia y a Cornelia, y a Saladino,²² que estaba solo y separado de los demás. Habiendo levantado después la vista, vi al maestro de los que saben,²³ sentado entre su filosófica familia. Todos le admiran, todos le honran; vi además a Sócrates y Platón que estaban más próximos a aquél que los demás; a Demócrito, que pretende que el mundo ha tenido por origen la casualidad; a Diógenes, a Anaxágoras y a Tales, a Empédocles, a Heráclito y a Zenón. Vi al buen observador de la realidad, es decir, a Dioscórides, y vi a Orfeo, a Tulio y a Lino, y al moralista Séneca; al geómetra Euclides, a Tolomeo, Hipócrates, Avicena y Galeno, y a Ayerrones, que hizo el gran comentario. No me es posible mencionarlos a todos, porque me arrastra el largo tema que he de seguir y muchas veces las palabras son breves para el asunto. Bien pron

to la compañía de seis queda reducida a dos: mi sabio guía me conduce por otro camino fuera de aquella inmovilidad hacia una aura temblorosa, y llegó a un punto privado totalmente de luz.

CANTO QUINTO

ASI DESCENDI del primer círculo al segundo, que contiene menos espacio pero mucho más dolor, y dolor punzante que origina desgarradores gritos. Allí estaba el horrible Minos²⁴ que, rechinando los dientes, examina las culpas de los que entran; juzga y da a comprender sus órdenes por medio de las vueltas de su cola. Es decir, que cuando se presenta ante él un alma pecadora y le confiesa todas sus culpas, aquél gran conocedor de los pecados ve qué lugar del infierno debe ocupar y se lo designa, ciñéndose al cuerpo la cola tantas veces cuantas sea el número del círculo a que debe ser enviada. Ante él están siempre muchas almas acudiendo por turno para ser juzgadas; hablan y escuchan y después son arrojadas al abismo.

-¡Oh, tú, que vienes a la mansión del dolor!--me gritó Minos -- cuando me vio, suspendiendo sus terribles funciones--; mira cómo entras y de quién te fías; no te alucine lo anchuroso de la entrada.

Entonces mi guía le preguntó:

-¿Por qué gritas? No te opongas a su viaje ordenado por el destino: así lo han dispuesto allí donde se puede lo que se quiere; y no preguntes más.

Empezaron a dejarse oír voces plañideras y llegué a un sitio -- donde hirieron mis oídos grandes lamentos. Entrábamos en un lugar que carecía de luz y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal -- que no se detiene nunca envuelve en su torbellino a los espíritus, les hace dar vueltas continuamente, y lo agita y les molesta; cuando se encuentran ante la ruinosa valla que los encierra, allí son los gritos, los llantos y los lamentos y las blasfemias contra la virtud divina. Supe que estaban condenados a semejante tormento los pecadores carnales que sometieron la razón a sus lascivos apetitos; y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación de los fríos, así -- aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados llevándolos de acá para allá, de arriba abajo, sin que abriguen nunca la es-

peranza de tener un momento de reposo ni de que su pena se amigore. Y del mismo modo que las grullas van lanzando sus tristes --acentos, formando todas una prolongada hilera en el aire, así también vi venir, exhalando gemidos, a las sombras arrastradas por --aquella tromba. Por lo cual pregunté:

-Maestro, ¿qué almas son éstas a quienes de tal suerte castiga ese aire negro?

-La primera de éstas de quienes deseas noticias--me dijo entonces-- fue emperatriz de una multitud de pueblos donde se hablaban diferentes lenguas, y tan dada al vicio de la lujuria, que permitió en sus leyes todo lo que excitaba el placer, para ocultar de este modo la abyección en que vivía. Es Semíramis, de quien se lee que sucedió a Nino y fue su esposa y reinó en la tierra en donde imperó el Sultán. La otra es la que se mató por amor y quebrantó la fe -- prometida a las cenizas de Siqueo.²⁵ Después sigue la lasciva Cleopatra. Ve también a Helena, que dio lugar a tan funestos tiempos; y ve al gran Aquiles, que al fin tuvo que combatir por el amor. Ve a Paris y a Tristán...²⁶

Y a más de mil sombras me fue enseñando y designando con el dedo, a quienes Amor había hecho salir de esta vida. Cuando oí a mi sabio nombrar las antiguas damas y los caballeros, me sentí dominado por la piedad y quedé como aturdido. Empecé a decir:

-Poeta, quisiera hablar a aquellas dos almas²⁷ que van juntas y parecen más ligeras que las otras impelidas por el viento.

Y él me contestó:

-Espera que estén más cerca de nosotros y entonces ruégales, por el amor que las conduce, que se dirijan hacia ti.

Tan pronto como el viento las impulsó hacia nosotros, alcé la voz -- diciendo:

-¡Oh almas atormentadas!, venid a hablarnos, si otro no se opone a ello.

Así como dos palomas, excitadas por sus deseos, se dirigen con las alas abiertas y firmes hacia el dulce nido, llevadas en el aire por una misma voluntad, así salieron aquellas dos almas de entre la multitud donde estaba Dido, dirigiéndose hacia nosotros a través del --aire malsano, atraídas por mi eficaz y afectuoso llamamiento.

¡Oh, ser gracioso y benigno, que viene a visitar en medio de este aire negruzco a los que hemos teñido el mundo de sangre! Si fuéramos amados por el Rey del universo, le rogaríamos por tu tranquilidad, ya que te compadesces de nuestro acerbo dolor. Todo lo que te agrada oír y decir, te lo diremos y escucharemos con gusto mientras que siga el viento tan tranquilo como ahora. La tierra donde nací está situada en la costa donde desemboca el Po -- con todos sus afluentes para descansar en el mar.²⁸ Amor, que se apodera pronto de un corazón gentil, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo que me fue arrebatado de un modo que aún me atormenta. Amor, que no dispensa de amar al que es amado, hizo que me entregara vivamente al placer de que se embriagaba éste, que, como ves, no me abandona nunca. Amor nos condujo a la misma muerte. Caína²⁹ espera al que nos arrancó la vida.

Tales fueron las palabras de las dos sombras. Al oír a aquellas almas atormentadas, bajé la cabeza y la tuve inclinada tanto tiempo, que el poeta me dijo:

¿En qué piensas?

-¡Ah-exclamé al contestarle-; cuán dulces pensamientos, cuántos deseos les han conducido a doloroso tránsito!

Después me dirigí hacia ellos, diciéndoles:

-Francisca, tus desgracias me hacen derramar tristes y compasivas lágrimas. Pero dime: en tiempo de los dulces suspiros ¿cómo os -- permitió Amor conocer vuestros secretos deseos?

Ella me contestó:

-No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria; y eso lo sabe bien tu Maestro. Pero si tienes tanto deseo de conocer cuál fue el principal origen de nuestro amor, haré como el -- que habla y llora a la vez. Leíamos un día por pasatiempo las aventuras de Lancelote,³⁰ y de qué modo cayó en las redes del Amor: -- estábamos solos y sin abrigar sospecha alguna. Aquella lectura hizo que nuestros ojos se buscaran muchas veces y que palidciera -- nuestro semblante; mas un solo pasaje fue el que decidió de nosotros. Cuando leíamos que la deseada sonrisa de la amada fue interrumpida por el beso del amante, éste, que jamás se ha de separar de mí, me besó tembloroso en la boca: el libro y quien lo escribió fue para nosotros otro Galeoto;³¹ aquel día ya no leímos más.

Mientras que un alma decía esto, la otra lloraba de tal modo que, movido de compasión, desfallecí como si me muriera, y caí como cae un cuerpo inanimado.

CANTO TRIGESIMOCUARTO

"VEXILLA regis prodeunt inferni"³² hacia nosotros. Mira adelante-dijo mi Maestro-, a ver si lo distingues.

Como aparece a lo lejos un molino cuyas aspas hace girar el --- viento cuando éste arrastra una espesa niebla, o cuando anochece en nuestro hemisferio, así me pareció ver a gran distancia un artificio semejante; y luego, para resguardarme del viento, a falta de otro abrigo, me encogí detrás de mi Guía. Estaba ya (con pavor lo digo en mis versos) en el sitio donde las sombras se hallaban completamente cubiertas de hielo, y se transparentaban como paja en vidrio. Unas estaban tendidas, otras derechas; aquéllas -- con la cabeza, éstas con los pies hacia abajo, y otras por fin -- con la cabeza tocando a los pies como un arco. Cuando mi Guía -- creyó que habíamos avanzado lo suficiente para enseñarme la criatura que tuvo el más hermoso rostro, me dejó libre el paso e -- hizo que me detuviera.

-He ahí a Dite-me dijo-, y he aquí el lugar donde es preciso que te armes de fortaleza.

No me preguntes, lector, si me quedaría entonces helado y yerto; no quiero escribirlo, porque cuanto dijera sería poco. No quedé muerto ni vivo: piensa por ti, si tienes alguna imaginación, lo que me sucedería viéndome así privado de la vida sin estar muerto. El emperador del doloroso reino salía fuera del hielo desde la mitad del pecho: mi estatura era más proporcionada a la de un gigante, que la de uno de éstos a la longitud de los brazos de Lucifer; juzga, pues, cuál debe ser el todo que a semejante parte corresponda. Si fue tan bello como deforme es hoy, y osó levantar sus ojos contra su Creador, de él debe proceder sin duda todo mal. ¡Oh! ¡Cuánto asombro me causó al ver que su cabeza tenía tres rostros! Uno por delante, que era de color bermejo: los otros dos unían a éste sobre el medio de los hombros, y se juntaban por detrás en lo alto de la coronilla, siendo el de la derecha entre blanco y amarillo, según me pareció; el de la izquierda tenía el aspecto de los oriundos del valle del Nilo.³³ Debajo de cada rostro salían dos grandes alas, proporcionadas a la magnitud de tal pájaro; y no he visto jamás velas de buque compara-

bles a ellas: no tenían plumas, pues eran por el estilo de las del murciélago; y se agitaban de manera que producían tres vientos, -- con los cuales se helaba todo el Cocito. Con seis ojos lloraba Lucifer, y por las tres barbas corrían sus lágrimas mezcladas de -- baba sanguinolenta. Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo. Los mordiscos que sufría el de adelante no eran nada en comparación de los rasguños que le causaban las garras de Lucifer, dejándole a veces las espaldas enteramente desolladas.

-El alma que está sufriendo la mayor pena allá arriba-dijo el Maestro-es la de Judas Iscariote, que tiene la cabeza dentro de la boca de Lucifer y agita fuera de ella las piernas. De las otras dos que tienen la cabeza hacia abajo, la que pende de la boca negra es Bruto; mira cómo se retuerce sin decir una palabra: el otro, que -- tan membrudo parece, es Casio.³⁴ Pero se acerca la noche y es hora ya de partir, pues todo lo hemos visto.

Según le plugo, me abracé a su cuello; aprovechó el momento y el -- lugar favorable, y cuando las alas estuvieron bien abiertas, agarró se a las velludas costillas de Lucifer, y de pelo-en pelo descendió por entre el hirsuto costado y las heladas costras. Cuando llegamos al sitio en que el muslo se desarrolla justamente sobre el -- grueso de las caderas, mi Guía, con fatiga y con angustia, volvió su cabeza hacia donde aquél tenía las zancas y se agarró al pelo -- como un hombre que sube, de modo que creí que volvíamos al infierno.

-Sostente bien-me dijo jadeando como un hombre cansado-; que por -- esta escalera es preciso partir de la mansión del dolor.

Después salió fuera por la hendidura de una roca y me sentó sobre el borde de la misma, poniendo junto a mí su pie prudente. Yo levanté mis ojos, creyendo ver a Lucifer como le había dejado; pero vi que tenía las piernas en alto. Si debí quedar asombrado, júzgue lo el vulgo, que no sabe qué punto es aquel por donde yo había pasado.

-Levántate-me dijo el Maestro-; la ruta es larga, el camino malo, -- y ya el Sol se acerca a la mitad de tercia.

El sitio donde nos encontrábamos no era como la galería de un palacio, sino una caverna de mal piso y escasa luz.

-Antes que yo salga de este abismo, Maestro mío, -le dije al ponerme en pie-, dime algo que me saque de confusiones. ¿Dónde está el hielo y cómo es que Lucifer está de ese modo invertido? ¿Cómo es que en tan pocas horas, ha recorrido el Sol su carrera de la noche a la mañana?

Me contestó:

-¿Te imaginas sin duda que estás aún al otro lado del centro, donde me cogí al pelo de ese miserable gusano que atraviesa el mundo? Allí te encontrabas mientras descendíamos; cuando me volví, pasaste el punto hacia el que converge toda la gravedad de la Tierra; y ahora estás bajo el hemisferio opuesto a aquel que cubre el árido desierto, y bajo cuyo más alto punto fue muerto el Hombre que nació y vivió sin pecado. Tienes los pies sobre una pequeña esfera, que por el otro lado mira a la Judesca.³⁵ Aquí amanece cuando allí anochece; y éste de cuyo pelo nos hemos servido como de una escala, permanece aún fijo del mismo modo que antes. Por esta parte cayó del cielo; y la tierra, que antes se mostraba en este lado, aterrORIZADA al verle, se hizo del mar un velo, y se retiró hacia nuestro hemisferio; y quizá también huyendo de él, dejó aquí este vacío la que aparece por acá formando un elevado monte.

Hay allá abajo una cavidad que se aleja tanto de Lucifer cuanto es la extensión de su tumba; cavidad que no puede reconocerse por la vista, sino por el rumor de un arroyuelo, que desciende por el cauce de un peñasco que ha perforado con su curso sinuoso y poco pendiente. Mi Guía y yo entramos en aquel camino oculto para volver al mundo luminoso; y sin concedernos el menor descanso, subimos, él delante y yo detrás, hasta que pude ver por una abertura redonda -- las bellezas que contiene el Cielo, y por allí salimos para volver a ver las estrellas.

PURGATORIO

CANTO PRIMERO

Ahora la navecilla de mi ingenio, que deja en pos de sí un mar tan cruel, desplegará las velas para navegar por mejores aguas; y cantará aquel segundo reino, donde se purifica el espíritu humano y se hace digno de subir al Cielo. Resucite aquí, pues, -- la muerta poesía, ¡oh santas Musas!, pues que soy vuestro; y -- realce Calíope³⁶ mi canto, acompañándolo con aquella voz que -- produjo tal efecto en las desgraciadas Urracas, que desesperaron de alcanzar su perdón.³⁷

Un suave color de zafiro oriental, contenido en el sereno aspecto del aire puro hasta el primer cielo, reapareció delicioso a mi vista en cuanto salí de la atmósfera muerta, que me había -- contristado los ojos y el corazón. El bello planeta que convida a amar³⁸ hacía sonreír todo el Oriente, desvaneciendo al signo de Piscis, que seguía en pos de él. Me volví a la derecha, y -- dirigiendo mi espíritu hacia el otro polo, distinguí cuatro estrellas únicamente vistas por los primeros humanos.³⁹ El cielo -- parecía gozar con sus resplandores. ¡Oh Septentrión, sitio verdaderamente viudo, pues que te ves privado de admirarias! Cuando cesé en su contemplación, volvíme un tanto hacia el otro polo, de donde el Carro había desaparecido, y vi cerca de mí un anciano solo y digno, por su aspecto, de tanta veneración que un padre no puede inspirarla mayor a su hijo.³⁹ Llevaba una larga barba canosa, como sus cabellos, que le caía hasta el pecho, dividida en dos mechones. Los rayos de las cuatro luces santas⁴⁰ rodeaban de tal resplandor su rostro, que lo veía como si hubiese tenido el Sol ante mis ojos.

-¿Quiénes sois vosotros que, contra el curso del tenebroso río habéis huido de la prisión eterna?-dijo el anciano, agitando su barba venerable-. ¿Quién os ha guiado, o quién os ha servido de antorcha para salir de la profunda noche que hace sea continuamente negro el valle infernal? ¿Así se han quebrantado las leyes del abismo? ¿O se ha dado quizás en el Cielo un nuevo decreto que os permite, a pesar de estar condenados, venir a mis grutas?